

sus agentes? ¿Era pequeñez, mezquindad de espíritu? Había tal vez un sentimiento ó un instinto más legítimo en su resistencia. Tratábase de ayudar á la Francia á conquistar los Países Bajos; pues bien, esta conquista hubiera hecho de la rival de Inglaterra la potencia preponderante del continente: ¿podía la reina prestar su apoyo á un engrandecimiento que hubiera sido un peligro para ella? Se le prometía, es verdad, una participacion en la conquista, pero la posesion de dos provincias hubiese sido bien precaria si la Francia hubiese sido dueña de las demas. Verémos á Isabel aliada muy tibia de Enrique IV, por más que se tratase de la existencia del rey de Francia; con mayor razon no podía querer una alianza que tendia á reemplazar la monarquía de la España por la dominacion francesa.

N.º 4.—*Negociaciones con Alemania.*

Al mismo tiempo que Cárlos IX negociaba una liga con Inglaterra, comprometía á los príncipes protestantes de Alemania á unirse con él contra la casa de Austria. Bajo el punto de vista de los intereses del protestantismo, los príncipes alemanes hubieran debido entrar en esta alianza sin titubear; hubieran tal vez evitado los horrores de la guerra de los treinta años y el desmembramiento del Imperio. La reaccion católica comenzaba. Felipe II intrigaba en Alemania en favor del catolicismo y de su ambicion; las dos ramas de la casa de Austria eran solidarias cuando se trataba de la causa de la Iglesia, y reunian todas las fuerzas católicas. Era necesario prevenir aquella liga peligrosa, uniéndose para conquistar la superioridad, ó al ménos la igualdad, garantía contra toda veleidat de opresion. Los espíritus previsores predicaban incesantemente la necesidad de la union (1). El rey de Francia propuso á los príncipes protestantes una liga defensiva. Tratábase, como escribe su embajador Schonberg á la reina madre, «de abjurar eternamente la casa de Austria» (2). El medio infalible de debi-

(1) Carta del conde Luis de Nassau de 18 de Agosto de 1573. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, Apéndice, p. 101.)

(2) Carta de Diciembre de 1573. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, IV, 297.)

litarla en Alemania, era quitarle la corona imperial, de la que, segun el rey de Francia, no se habia servido «más que para disminuir la autoridad y hasta aniquilar el cuerpo del sacro imperio» (1); manifestó á los príncipes que si se continuaba eligiendo un jefe en la familia de Austria, la dignidad imperial se hacía hereditaria, lo cual implicaría la ruina de la libertad alemana, al paso que la eleccion de un emperador protestante pondria fin á aquella especie de usurpacion y aseguraria juntamente la libertad y la religion de los reformados. Él se comprometía á sostener al elegido contra la oposicion probable del Austria y de la España (2). Esto hubiese sido una especie de revolucion; pero la oposicion del catolicismo y del protestantismo era tal, que era inevitable una revolucion ó una guerra. Los príncipes protestantes no hubieran deseado otra cosa, pero no tuvieron fuerza para obrar. Añadamos, para decir toda la verdad, que los negociadores franceses preveían este resultado; su objeto real era inducir á los protestantes á transferir la dignidad imperial á la casa de Valois. No escatimaron las promesas: «El rey de Francia, decían, no deseaba la corona en interés de su grandeza, queria garantir la libertad de la Alemania y la paz religiosa; se comprometía tambien á hacer en beneficio de los Países Bajos todo cuanto pidiesen los príncipes alemanes» (3).

Las negociaciones, continuadas por Enrique III (4), no produjeron más que vagas promesas. Se hallaban entorpecidas por el temor de los príncipes protestantes, que temían la ambicion de la Francia, y no sin razon, tanto como la dominacion de la casa de Austria. Mientras Cárlos IX trataba de levantar la Alemania contra la monarquía universal de Felipe II, sus representantes alimentaban en él la loca esperanza de ser monarca del mundo (5). Las promesas francesas inspiraban poca confianza á los alemanes:

(1) Carta de SCHONBERG, en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, Apéndice, p. 109.

(2) Carta del conde Luis de Nassau, en GROEN VAN PRINSTERER, *ib.*, 99, 102.

(3) Carta de SCHONBERG (GROEN VAN PRINSTERER, IV, Apéndice, p. 110); carta del conde Luis de Nassau al príncipe de Orange. (*ib.*, t. IV, p. 279.)

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. V, p. 19 y 61.

(5) Carta del embajador de Francia en Madrid á Cárlos IX: «Es preciso que Vuestra Majestad, por fuerza y razones, se haga monarca del mundo.» (GROEN VAN PRINSTERER, t. IV, Apéndice, p. 95.)

«Nuestros vecinos, dice el landgrave de Hesse, no miran tanto á sus palabras como á su interes.» Recordó á sus compatriotas la fábula de las ranas pidiendo rey: «Cuidémonos, escribe, de que la Francia en lugar de salvarnos, no nos domine» (1). Estos temores eran legítimos; pero si los príncipes alemanes desconfiaban de los salvadores del otro lado del Rhin, hubieran debido ponerse en situación de ayudarse á sí mismos. No quisieron la alianza francesa, y en lugar de unirse entre sí, se dividieron más y más; no habiendo sabido defenderse á tiempo contra la reaccion católica, sufrieron la ley de la casa de Austria, y en definitiva no se salvaron más que por medio de una guerra terrible, por la intervencion del extranjero y por una paz desastrosa.

N.º 5.—*La Francia y los Países Bajos.*

La Francia hubiera podido aniquilar el poder de la casa de Austria sin el apoyo de los protestantes de Alemania; no tenía más que haber tomado la defensa de los insurrectos de los Países Bajos. Abandonados ó débilmente auxiliados por sus hermanos de Inglaterra y de Alemania, los desgraciados belgas se vieron obligados á echarse en brazos de la Francia. Ofrecíase, pues, á la ambicion francesa la posesion de aquellas hermosas provincias que tanto ha codiciado despues. Desde la segunda mitad del siglo XVI pensaban todos los políticos que era preciso llevar las fronteras de la Francia hasta el Rhin; esta idea, emitida por los reformados, ganó muy pronto terreno. *Pasquier* dice que los Países Bajos eran como el arrabal de París; es casi el pensamiento de Napoleón (2). Jamas fueron las circunstancias tan favorables. Los belgas se entregaban á la Francia; accediendo á sus deseos, la monarquía francesa arrancaba á la España el cetro de la monarquía. Pero para esto hubiera sido preciso un Enrique IV ó un Richelieu, y la Francia estaba gobernada por Enrique III, el más miserable de los Valois, príncipe medio hombre y medio mujer, corrompido y

(1) Carta del landgrave de Hesse, en GROEN VAN PRINSTERER, *ib.*, 115, 123.
(2) Cartas de PASQUIER, libro V, 1 (*Obras*, t. II, p. 117).

devoto, verdadero tipo de decadencia física y moral; no tuvo el valor del magnífico papel que se le proponia, ni era digno de él. Su hermano, el duque de Anjou, llamado á la soberanía de los Países Bajos, no valia mucho más. «Me engañaría á mí, decia de él Enrique IV, si no engañase á todos cuantos de él se fien; es de espíritu tan doble, de valor tan ruin, de cuerpo tan mal forjado, es tan inhábil para toda clase de ejercicios, que jamas me convenceré de que haga nada generoso» (1). La sorpresa de Amberes prueba de qué era capaz; «aquella accion, dice Sully, hizo caer á los franceses en horror y oprobio, cuando no en la execracion de todas las naciones» (2).

A pesar de esta ruda experiencia, los Belgas se vieron obligados á ofrecer de nuevo la soberanía de los Países Bajos á Enrique III. *De Thou* nos demuestra por qué preferian la dominacion de la Francia á la de Inglaterra; temian á los Ingleses, siempre duros é imperiosos; temian que en caso de muerte de Isabel, los Estuardos, llamados á sucederle, los vendiesen á España. El ilustre historiador dice tambien lo que pasó en los consejos del rey de Francia, cuando se deliberó acerca de las proposiciones de los insurrectos. No habia que dudar un instante, porque el rey estaba en esta situación: que aceptando, engrandecia la Francia á costa de la España, al paso que negando, consumía la Francia en las guerras civiles alimentadas por la España. Ahora bien; no hubo ni un cortesano que se atreviera á decir que este era el objeto del debate; los unos temian á los Españoles, los otros los favorecian en secreto (3). Solamente los reformados levantaron la voz para defender los verdaderos intereses de la Francia; du Plessis Mornay dirigió un *Discurso al rey Enrique III sobre los medios de debilitar al Español* (4). Estableció la necesidad de una balanza de poder entre los príncipes: «No se cree á los Estados fuertes ó débiles más que en comparacion de la fuerza ó debilidad de sus vecinos; cuando han llegado á equilibrarse, hay que conservar esta balanza; si no, el más débil es vencido por el más fuerte. Ahora

(1) *Memorias de SULLY*, t. I, p. 161.

(2) *Memorias de SULLY*, t. I, p. 184.

(3) DE THOU, *Historia universal*, lib. XXX.

(4) DU PLESSIS MORNAY, *Cartas y Memorias*, t. II, p. 580 y sig.

bien; la casa de Austria ha aumentado y crecido mucho en reputación y en países, mientras que la Francia se ha debilitado por sus guerras civiles. La salvación de la Francia exige que disminuya el poder español. Basta que la Francia tome la iniciativa de la ruptura, para que todos los Estados de la cristiandad, que no se conservan más que por el contrapeso y que miran con recelo la grandeza de España, se vuelvan contra la desmesurada ambición de la casa de Austria.» Estos varoniles consejos no fueron escuchados; Enrique III, como dice uno de sus embajadores, repudió la herencia más magnífica que ha conquistado ningún príncipe (1).

Una cosa sorprende casi tanto como la negativa de Enrique III, y es la longanimidad de Felipe II ante de las incesantes hostilidades de la Francia. Esta no cesó de socorrer á los insurrectos de los Países Bajos; al autorizar á su hermano á ponerse á su cabeza, Enrique III hacía indirectamente lo que no se atrevía á hacer abiertamente. ¡Y Felipe permaneció impasible en presencia de estas provocaciones! El cardenal Granvelle se admira y se queja de ello: «Yo no veo, dice, á qué pueda llamarse una ruptura, si lo que hacen no lo es..... Más valdría la guerra declarada que dejarse entretener con palabras, sufriendo el mal sin poderlo devolver. El emperador no lo hubiera tomado así; cediendo siempre á nuestros enemigos, aumentamos su insolencia» (2). ¿No es extraño oír á los Españoles acusar la debilidad de su rey, en sus relaciones con un miserable príncipe tal como Enrique III? En realidad, Felipe II distaba de estar inactivo, pero prefería la guerra de intrigas á los campos de batalla, y en esta lucha, él había tomado la iniciativa en Francia y en Inglaterra. Más bien pudiera echarse en cara una ambición excesiva que indolencia y apatía; conquistaba el Portugal; combatía á los insurrectos de los Países Bajos; armaba complots con los católicos ingleses contra Isabel; pagaba la liga. Pero los reinos no se ganan por medio de conjuraciones. Felipe II se vió obligado á sacar la espada; la guerra no

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, segunda serie, t. I, XXV y L.

(2) Cartas del cardenal de Granvelle, en GROEN VAN PRINSTERER, t. VIII, página 11, 111 y sig., 56, 83.

le dió mejor resultado que la diplomacia; encontró enemigos que eran superiores á él, Enrique IV y la reina de Inglaterra, no por el poder material, sino porque tenían en su favor principios é ideas contra los cuales es en vano luchar, porque Dios los protege, el espíritu de nacionalidad y la libertad religiosa. Hé aquí los verdaderos adversarios ante quienes sucumbió el rey de España. La revolución de los Países Bajos unía las dos tendencias; nuestros pobres, nuestros heroicos antepasados, fueron los que quebrantaron el formidable poder de Felipe. Por una parte, todas las fuerzas de un inmenso imperio; por otra, la desunión y la debilidad; pero los débiles tenían en su favor el espíritu de libertad, y los fuertes no tenían más que la unidad del despotismo; los débiles triunfaron sobre los fuertes; y para que su victoria fuese tanto más brillante, fueron abandonados ó débilmente socorridos por aquellos mismos que hubieran debido defenderlos: la libertad sola fué quien venció la tiranía religiosa y política encarnada en Felipe II.

§ III. — Isabel, Enrique IV y Felipe II.

N.º 1. — Isabel, Enrique IV y la Reforma.

I.

Felipe II fué el jefe armado del catolicismo; sus adversarios naturales eran, pues, los reyes que habían abrazado la Reforma. Entre los campeones del protestantismo brilla en primera línea la reina de Inglaterra. Su ilustre contemporáneo, Guillermo de Orange, dice «que estaba por encima de todos los príncipes, como única mantenedora y defensora de la verdadera religión» (1). Los historiadores modernos han repetido esta frase á porfía: «Isabel, dicen, opuso á la liga católica que se formaba en el continente para la restauración de la Iglesia, una liga protestante, á la cabeza de la cual se colocó atrevidamente; por donde quiera que Felipe II

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VIII, p. 375.